

## Un duro alegato contra los informadores que no contrastan las noticias



### ¡PELIGRO, PERIODISTAS!

Luis Mínguez Santos.  
Comunicación Social. 245  
páginas. 18,50 euros.

Está de moda criticar la labor periodística. No hay duda. La proliferación de libros cuyo objetivo es el análisis de los métodos y elaboración de titulares y noticias es más que considerable. Si esto sucede, por algo será. El autor ya en la primera página demuestra su convencimiento de que las páginas que a continuación se suceden le van a proporcionar pocos amigos. Y por lo que discutir posteriormente, algo más de 240 páginas, no hay sino que felicitarlo por su perspectiva. No nos cabe la mínima duda de que así será; porque casi nadie se salva. Quede bien claro que los ejemplos expuestos son con-

tundentes y que al autor no le falta un ápice de razón. Sus ejemplos son claros y evidentes. Por todas partes aparece, en sus exposiciones, el morbo, la espectacularidad sin motivo, la falacia, la mentira descarada, la tergiversación, la manipulación y el desprecio más absoluto por los lectores. Los periodistas, parece ser, por unas motivaciones u otras están dispuestos a todo. Quizá en aras de aumentar las tiradas o porque sirven a otros inconfesables intereses.

El autor lo tiene muy claro cuando dice al principio: “Los medios que aparecerán citados en la serie de señalamientos de malas prácticas profesionales que aquí se van a pretender inventariar, dudo que me consideren en adelante un amigo y potencial futuro colaborador”. Esperamos, y deseamos, que se equivoque; aún quedan en este inhóspito mundo del periodismo, personas amantes de la verdad. Me consta.

El libro, cuyo subtítulo es ‘Un análisis crítico del oficio de informar’, pretende constituirse en una llama-

da de atención, no a los periodistas que utilizan prácticas indeseables en sus artículos y noticias, si no a los lectores, a los que el autor hace un llamamiento: hay que estar atentos a lo que se escribe y cómo se escribe. No todo vale, no es conveniente creerse todo lo que se escribe o se dice en los medios de comunicación. El problema es que los lectores –los compradores–, imaginamos que no están ni con la predisposición ni con la disposición de tiempo necesarias, para emprender ‘segundas lecturas’, analizar, comparar o averiguar aviesas intenciones ocultas en los reportajes y en las noticias. La advertencia queda hecha. Su efectividad es dudosa.

Luis Mínguez Santos, periodista de experiencia, hace un repaso a toda clase de noticias. Escudriña el trasfondo, el discurso de las mismas, las fuentes y la presentación. E insiste en algo que ha adquirido –quizá ha existido desde que se inventó el periodismo– en los últimos tiempos una preocupante actualidad: la falta de rigor. Las noticias no se contrastan; cualquier fuente se considera válida, proceda de donde proceda. Es un mal endémico en la profesión.

Cuando hace referencia a las encuestas, Mínguez, se muestra especialmente sarcástico. Sean las encuestas referentes a la población inmigrante, a los ciudadanos que viajan para practicar turismo sexual, a la pederastia, a los actos de robo y pillaje, a las enfermedades o cualquier otro

asunto susceptible de tener cabida en las páginas de un periódico o en los noticiarios de radio y televisión. Los medios son tan proclives a reproducir los datos tal como les son proporcionados que causa pavor. Si todas las encuestas estuvieran próximas a la realidad resultaría algo así como que un individuo al salir de su casa se encontraría en unos 500 metros, andando por una calle más o menos concurrida de una mediana ciudad, con un mínimo de 40 emigrantes, cuatro “turistas sexuales”, cinco ladrones, tres pederastas, seis enfermos terminales, dos en espera de intervención quirúrgica urgente, 36 paseantes que cometen infidelidades matrimoniales y cuatro o cinco psicópatas; entre otros. Es decir, casi es mejor no salir de casa.

Para el autor el problema reside en que “los mandos de muchas redacciones miran hacia otro lado respecto a las semifabulaciones de sus redactores –cuando no las disculpan o incluso fomentan–, siempre que la información resulte ‘verosímil’, y, desde luego, suficientemente sugestiva, atractiva, sobrecogedora o dramática”. O lo que viene a resultar lo mismo: de lo que se trata es de que esa información ‘venda’.

En lo que se refiere a las ‘noticias’ procedentes de empresas, las “noticias semielaboradas o precocinadas”, que dice Mínguez, éste se muestra realmente sarcástico. Las empresas, sobre todo las grandes, cuentan en su

nómina con verdaderos expertos en la elaboración de 'noticias' que, por lo general, no son sino una especie de publicidad encubierta. Las empresas, y otras instituciones, aparecen como inocentes hermanitas de la caridad, (perdón por el tópico), cuyo objetivo fundamental es procurar el bienestar de sus empleados y de los ciudadanos. Sus especialistas en comunicación transmiten, cuando les conviene, aquello que más le conviene a su empresa. La 'noticia' llega a ciertos medios que hace tiempo renunciaron a contrastar las informaciones y tal cual llega a las redacciones, así se reproduce en la sección correspondiente. Bochornoso.

Mínguez expone, en su libro, un gran número de ejemplos de la falacia informativa que nos invade y de la falta de rigor informativo de muchos medios. En su lista de ejemplos no se libra prácticamente ninguno de los grandes medios informativos españoles. Esta carencia de contrastar las informaciones ha provocado grandes sufrimientos a normales ciudadanos que se han visto dañados merced a una improvisada comunicación originada en distintas instituciones u organismos. Y así

cita varios casos en los que una simple nota de la policía, por ejemplo, ha implicado en asuntos de gravedad a personas que poco o nada tenían que ver con un determinado caso. Y resalta la gravedad de tales hechos cuando las comunicaciones transmitidas desde estas instituciones

llegan con una considerable carga de morbo, cosa que siempre ha interesado a los medios de comunicación. Hay casos espeluznantes en los que se confunde la libertad de expresión con ciertos intereses turbios de los informadores o de los medios que les pagan. Así se han reproducido en algunos de estos medios casos de violadores que no lo son o acusaciones infundadas de pederastia a inocentes ciudadanos. Y todo ello por la misma razón: las noticias no se contrastan; cualquier fuente es digna de crédito. El famoso y reciente

caso *Outroux* en Francia, en el que unos cuantos inocentes han pasado varios años en la cárcel y otros se suicidaron es un ejemplo claro aunque el autor no lo cite. Pero en España han ocurrido hechos semejantes que sí se exponen en el libro en cuestión.

Otro de los ejemplos más evidentes de la conformidad de los periodis-

En la lista de ejemplos no se libra prácticamente ninguno de los grandes medios informativos españoles.

tas lo han constituido, tal como expone Mínguez, los conflictos bélicos en los que han estado implicados los Estados Unidos y la OTAN: la invasión de Iraq, la de Afganistán, la guerra de los Balcanes, o la guerra del Golfo, a la que Mínguez califica como “la madre de todas las manipulaciones”. Reproduce el autor en relación con este apartado unas líneas de un artículo de Robert Fisk publicado en el año 1999 sobre la guerra de los Balcanes, cuyo título era ‘La discutible labor de los periodistas en Kosovo’, que es muy ilustrativo y aplicable a situaciones similares. Dice así: “... La mayoría de los periodistas destacados en la sede de la OTAN se han mostrado tan pasivos, tan entregados a los generales y oficiales de las Fuerzas Aéreas, que sus preguntas muy bien las habría podido imprimir la Alianza por adelantado. Ha habido excepciones, pero casi todos se han dejado utilizar como portavoces del Ejército; han sido borregos que emitían los balidos correspondientes cada vez que la OTAN presumía de los bombardeos. (...) Entre los periodistas de la OTAN, ni un alma ha intentado poner en tela de juicio las increíbles afirmaciones sobre los éxitos militares frente al III Cuerpo de Ejército yugoslavo en Kosovo”.

De la lectura, muy recomendable, de este libro se deduce que la información ha sido convertida –o está a punto– en espectáculo. Mínguez termina así su obra: “La verificación has-

ta donde sea posible y aun corriendo el riesgo de desmarcarse de la versión normalizada de los demás medios; el esfuerzo en documentarnos cuando no haya posibilidad de acceder directamente a las fuentes, y en caso afirmativo las historias conocidas en primera persona y no a través de sucesivas representaciones en las que el periodista acaba siendo un simple trasmisor, un copista de monasterio, pueden ser hoy la nueva referencia, con mayúsculas, de esta profesión”. Después de escribir lo escrito, es de esperar para Luis Mínguez Santos, que trabajó en unos cuantos medios españoles, que sus compañeros de profesión no sean rencorosos. Suerte, amigo, te la mereces.

## Más sobre las guerras y la influencia mediática en la sociedad



### **LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN AL SERVICIO DEL PODER**

María Tellería. Erasmus Ediciones. 214 páginas. 19 euros.

La obra no es un ensayo histórico, pero realiza un interesante repaso de la historia del siglo XX, estudiando el rol que en el transcurso del mismo han desempeñado los medios de comunicación. La au-

tora explica cómo han ido reforzando su papel hasta llegar a tener un impacto directo en la gestación, el desarrollo y la conclusión de los conflictos internacionales. El libro presta una especial atención a la utilización de los medios en la guerra y a la necesidad de evitar que sean empleados para difundir propaganda bélica. Para conseguirlo, considera de vital importancia que los periodistas destinados a cubrir este tipo de conflictos posean la formación adecuada para analizar los hechos correctamente. Ese es el modo de lograr que no sean víctimas de la manipulación informativa y, como consecuencia, tampoco lo sean los ciudadanos.

A lo largo de varios capítulos se explica cómo inicialmente los medios eran un mero instrumento al servicio del poder, para concluir que aún hoy están dominados por unos pocos grupos. Se pone de relieve el cambio operado al estallar la Segunda Guerra Mundial, cuando el rol de los medios se convirtió en fundamental para el poder político, ya que constituyeron un instrumento imprescindible para movilizar a la opinión pública. Concluido el conflicto, a partir de 1945, el panorama infor-

mativo experimentó una apertura. Relativa, en cualquier caso, ya que la potencia vencedora, Estados Unidos, consiguió una supremacía no sólo política y económica, sino también informativa de alcance mundial. Fue motor de la reconstrucción de los países afectados a través del Plan Marshall, pero también logró dominar el flujo de la información en todo el mundo.

La Guerra Fría supuso la formación de dos bloques bien definidos y enfrentados, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Y, con ello, la necesidad del resto de países de posicionarse en uno u otro bando. En estos años se produjo un importante cambio en el ámbito de la información. Es posible que la Segunda Guerra Mundial hubiese obligado a los ciudadanos a ser conscientes de la relevancia que para ellos puede tener cualquier acontecimiento

que tenga lugar en otros lugares del mundo, ya que, concluida ésta, surgió un tremendo interés por todo que ocurría más allá de las propias fronteras. La televisión permitía conocer los acontecimientos que tenían lugar en lugares lejanos, siempre desde la perspectiva de las agencias norteamericanas y europeas, que

Pese al desarrollo de las tecnologías, el control de la información mundial sigue en las mismas manos.

dominaban el panorama informativo. Fue precisamente en respuesta a este monopolio informativo occidental por lo que se creó el Movimiento de Países No Alineados, amparado por la Unesco. El miedo a que cualquiera de los dos bloques llevase a cabo su amenaza nuclear fue, quizá, el que permitió que no se desencadenase una Tercera Guerra Mundial. Debe insistirse en que la ‘apertura’ informativa de estos años es relativa: cualquier acto que se opusiese a las pautas marcadas por los gobiernos era inmediatamente censurada. Estados Unidos y Rusia utilizaron la CIA y el KGB para luchar ferozmente (utilizando la información como instrumento fundamental) contra el enemigo antisoviético y comunista, respectivamente. La Guerra Fría fue una “época dorada de la información” (sic). La utilización del espionaje como arma política y el hecho de que cualquier actividad fuera de los cauces marcados fuera inmediatamente censurada son prueba de ello.

Derribado el muro de Berlín, concluía el mundo bipolar. En el campo informativo, esta época supuso la consolidación del modelo CNN, cuyo pilar básico es la inmediatez. Este modelo, que efectivamente permite conocer de forma instantánea qué está ocurriendo en cualquier lugar del planeta, presenta lagunas a menudo, lo que la autora denomina noticias ‘invisibles’. Aquellas que, por la incomodidad que generan en quienes ostentan

el poder, no son difundidas, como ocurrió con el genocidio de Ruanda.

Los años 80 y las nuevas tecnologías de la información trajeron consigo importantes avances en el panorama informativo. La aparición de equipos de vídeo más ligeros y transportables permitió su implantación en los informativos. Las imágenes podían llegar directamente a pequeños medios locales, sin tener que pasar por las grandes cadenas. Junto a la aparición del vídeo, el surgimiento de nuevos canales y del cable tuvieron consecuencias para los monopolios informativos: desde 1978 hasta 1990, la audiencia total que conseguían las cadenas CBS, NBC y ABC se redujo en un tercio.

La llegada de internet confirmó que la globalización estaba en marcha. El nuevo medio de comunicación dio voz a las organizaciones no gubernamentales y a la sociedad civil, ayudando a que ambos grupos se organizaran y pudiesen así aumentar su peso a nivel internacional.

A pesar del desarrollo de las tecnologías de la información experimentado en las últimas décadas, el control de la información mundial sigue en las mismas manos. Es evidente que hoy existe un monopolio informativo: la información procedente del mundo desarrollado es la que consumen los países del Tercer Mundo; sólo un 10% de la información procede de otras fuentes.

El recorrido histórico de la obra se

cierra con los atentados del Once de Septiembre o la aparición de una nueva forma de guerra: la del débil contra el fuerte a través de la violencia generalizada. En contraste con lo que ocurría durante la Guerra Fría, la amenaza de ese enemigo débil, no procede de un Estado sino un grupo de particulares no identificado. Esa amenaza puede ser más peligrosa que aquella que está claramente localizada. Como respuesta a ello, Estados Unidos no sólo ha buscado alianzas antiterroristas con países como Japón, China y Rusia, sino que también ha iniciado una cruzada internacional en la que toman decisiones –justificadas en su particular lucha contra el mal– sin tener en cuenta la legalidad internacional. Así ocurrió con la invasión de Iraq en 2001, para la que no tuvo en cuenta a las Naciones Unidas. Tellería insiste en la supremacía internacional de Estados Unidos y en la política exterior desarrollada por este país en las últimas décadas, cimentada en la teoría realista de las relaciones internacionales. En el poder y el uso de la fuerza como método de relación con el resto del mundo, en lugar de la cooperación y el diálogo político en que se apoya la Unión Europea.

Otras cuestiones que cobran importancia en la obra son la ayuda humanitaria y la pobreza estructural de los países del Tercer Mundo, a los que la deuda exterior impide salir de esa situación. María Tellería se plantea

hasta qué punto es beneficioso el principio de No Intervención, teniendo en cuenta que en muchos Estados no se respetan los derechos humanos ni el medioambiente. La autora desearía que se implantase un sistema informativo mundial que permitiese que los medios no fuesen un instrumento sometido a designios políticos y empleado para manipular a la opinión pública, sino que utilizarasen la tecnología para permitir la participación y la integración de todos los ciudadanos.

## A la búsqueda de la autenticidad en la Sociedad de la Información



### **POLÍTICAS DE COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN**

Crítica y desarrollo de la sociedad del conocimiento. Francisco Sierra Caballero. Gedisa. 320 págs. 20 euros.

La Sociedad de la Información no es tan bonita como la pintan. Ni, sobre todo, tan idealista. Éste es uno de los pilares teóricos del libro *Políticas de comunicación y educación*, del profesor de Teoría de la Comunicación de la Universidad de Sevilla Francisco Sierra Caballero. Ésta es una de las bases que dan pie a un complejo y extenso estudio, además de ‘original’ y poco tra-

tado, de acuerdo con Sierra, sobre la importancia de la introducción de las nuevas tecnologías en la sociedad y las políticas de educación que se realizan. Según sus propias palabras “nuestra intención ha sido presentar las líneas de fuerza de las políticas públicas en materia de comunicación y educación de los principales bloques de integración económica, introduciendo los problemas estratégicos de la Sociedad del Conocimiento a partir de la descripción de los ejes políticos que definen internacionalmente los proyectos contemporáneos de Sociedad de la Información”. Y la finalidad del estudio es “aportar un enfoque político que contribuya a abrir un debate social sobre los proyectos históricos conocidos como Sociedad de la Información y su impacto en diferentes países y bloques regionales”.

La palabra que mejor define el estado de la sociedad hoy día es ‘incertidumbre’. Ésta se genera en muchos ámbitos, y uno de ellos es el de la educación. La introducción de las nuevas tecnologías de la información ha generado un nuevo sistema cultural que se encuentra en crisis en tanto en cuanto está sometido a un cambio


continuo. De ahí que el profesor afirme que “nunca como hoy ha sido tan notoria la falta de definición, la ausencia de bases sólidas de orientación del discurso y la práctica educativa”. Así, la pedagogía del saber, dice, dibujando un escenario francamente

oscuro, “se enfrenta a un horizonte cultural marcado por la crisis de representación y del saber”.

En su libro, Sierra ahonda en las políticas llevadas a cabo a raíz de la llegada de las nuevas tecnologías, con dos partes diferenciadas: una en la que se analizan las políticas culturales y otra dedicada a las actuaciones concretas de la Unión Europea. Una organización ésta a la que critica que en materia de Sociedad de la Información en lugar de haber demostrado autonomía y señas propias haya ido siguiendo los pasos de Estados Unidos,

copiando sus modelos y dependiendo del país norteamericano.

En su valoración de las políticas que hoy se realizan, Sierra apunta que éstas “hacen prevalecer el principio de libre flujo de la información y la financiación de fuertes inversiones públicas para la adquisición de sistemas telemáticos de educación, en lo que se considera, en línea con la teo-



“Nunca como hoy ha sido tan notoria la falta de definición, la ausencia de bases sólidas de orientación del discurso y la práctica educativa”.



ría de difusión de innovaciones, un indicador privilegiado de modernización a través de la comunicación para el desarrollo”. Pero tienen también otras caras, como la que ve en las políticas culturales, “que son desprovistas de todo control y racionalidad democrática, vaciando de contenidos la discusión pública, paralelamente a la privatización de la universidad, los medios de comunicación e incluso los programas de investigación y desarrollo en beneficio de las grandes corporaciones industriales y del capital financiero”.

Ante este panorama, este periodista, experto también en Sociología del Consumo e Investigación de Mercados, señala tres caminos, o tres ‘estrategias’, para realizar una comunicación alternativa: lograr una “reflexividad colectiva y liberalizadora” sobre las prácticas de comunicación, conseguir una ‘cultura dialógica’ de construcción del consenso” y reconocer la multiplicidad y la diferencia”. Con estas premisas básicas para cualquier política que se realice podrían, cree, superarse actuales problemas como el debilitamiento de la confianza entre ciudadanos e instituciones, el “pragmatismo” de las políticas públi-

cas municipales o la “desterritorialización cultural de las economías locales”.

Merece especial atención en la obra de Francisco Sierra su análisis de la Sociedad de la Información y de sus beneficios apuntados por Al Gore y sus teóricos. “La tecnología se implanta y transfiere en un sistema de relaciones sociales que reproduce asimetrías y dispositivos de poder pre-

existentes”, escribe el profesor andaluz, desacreditando desde la primera fase un proceso, el de la Worldwide Information Society, que al final “obedece, en suma, a la consolidación de un mercado global de circulación de servicios como red viera universal de información y conocimientos independientemente de los condicionantes materiales, políticos y económicos de los actores sociales y los sistemas afectados por este proceso”.

El dominio de Estados Unidos, la concentración y acumulación de medios, la ausencia de una regulación clara al respecto y la permisividad del entorno hacen que se produzca una “colonización del sistema educativo por el poder y los grandes conglomerados multimedia”. El futuro de las

“Colonización del sistema educativo por el poder y los grandes conglomerados multimedia”.

políticas culturales pasa obligatoriamente, según esta teoría, por re pensar los objetivos, renunciando a la visión totalizadora y centralista del Estado, superando el despotismo ilustrado y revisando los mecanismos de regulación.

## Un manual de escritura para abogados y... muy útil para periodistas



### **LIBRO DE ESTILO GARRIGUES**

Alberto Gómez Font y  
María Peña Arsuaga  
(coordinadores). Editorial  
Aranzadi. 304 páginas. 26  
euros

Todos los medios de comunicación importantes disponen de su libro de estilo, una herramienta indispensable para los redactores que, desgraciadamente, lo consultan poco. Y así salen las cosas que salen en los medios impresos y así hablan, algunos y algunas, en la radio y, sobre todo, en las televisiones. Las barbaridades que se leen y oyen son tan lamentables como imperdonables. Y la influencia en los lectores y los oyentes es mucha y muy perniciosa. Como pernicioso es el lenguaje de los políticos a los que convendría reciclar en cursos de aprendizaje de su idioma. Podríanse citar multitud de ejemplos en ambos

casos, pero no es el caso que nos ocupa. Otro día quizá.

El despacho de Garrigues ha tenido la brillante idea de elaborar su propio *Libro de estilo*, un compendio de normas para que sus socios y asociados se expresen y escriban correctamente. Sabido es que el lenguaje de la abogacía es, a veces, casi ininteligible para los ciudadanos ajenos a la profesión. Con esta obra se espera que ese metalenguaje jurídico sea más comprensible y, sobre todo, más correcto. Claro que será condición indispensable que los abogados del despacho se tomen la molestia de leerlo y poner en práctica todas cuantas normas se incluyen en la obra y no sigan el deplorable ejemplo de muchos periodistas que han dado por supuesto su gran conocimiento idiomático y obvian la consulta de sus respectivos libros de estilo.

El libro en cuestión aparece en esta sección porque es muy recomendable, en gran parte, para los informadores. Está escrito con sencillez y claridad. Dividido en apartados muy concretos y con el estilo conciso que siempre ha caracterizado a todas aquellas obras en la que está implicado Alberto Gómez Font, un gran especialista en el tema que trabaja, desde hace muchos años, en la Agencia Efe. Es decir, una garantía. En Garrigues han sabido elegir, sin duda.

El libro incluye reglas de ortografía (acentuación, signos ortográficos, la utilización de mayúsculas y minús-

culas), normas de sintaxis, redacción y estilo (citas, menciones, notas, utilización del gerundio, el género y el número, las concordancias, la expresión de cifras en fechas, horas y porcentajes), los tratamientos a personas y las dudas más comunes de este apartado (abreviaturas, siglas acrónimos, latinismos, extranjerismos), así como otras cuestiones relativas a la correcta expresión en el idioma español o castellano, según los casos. Otro apartado hace referencia a normas exclusivas para los profesionales de la abogacía; pero insistimos, es un libro de necesario y de muy grata consulta para los periodistas.

Es muy gratificante para alguien que siempre ha defendido ciertas normas verlas plasmadas con rotundidad en este libro. Por ejemplo: sigue empeñada una gran mayoría de periodistas en utilizar el vocablo *currículum*, palabra latina como todo el mundo sabe, y emplear su plural como *currículums*, incorrecto; aunque casi sería peor la utilización pretenciosa y estúpida del plural en latín: *currícula*. Resultaría mucho más claro utilizar *currículo* y *currículos*. ¿O no? Sobre la utilización del latín y latinajos, incluye el libro de Garrigues un amplio listado con su correcta escritura y su traducción. Una de las barbaridades más usuales en este apartado lo constituye una expresión muy socorrida que aparece todos los días en algún medio: ‘de motu proprio’, que sería pecado mortal si el lengua-

je fuera una religión. Muchos no se han enterado que la expresión correcta es ‘de motu proprio’, voluntariamente.

El *Libro de estilo* de Garrigues incluye varias tablas de expresiones de distintos ámbitos dignas de consultar, pues aclaran muchas dudas y ayudan, de modo incuestionable, a la correcta utilización del lenguaje. Por ejemplo, los tratamientos: quién es excelentísimo o ilustrísimo o quién es magnífico o reverendísimo; o ninguna de estas cosas y es muy honorable, como es el caso de los presidentes de la Generalidad catalana, valenciana o de Baleares y sus respectivos presidentes del Parlamento. En las demás comunidades son excelentísimos. Otras tablas se refieren a los verbos y sus correspondientes participios regulares e irregulares y otra, magnífica, a las siglas de organizaciones e instituciones. En fin, una joya.

Es de esperar que, al menos en esta breve reseña, no se nos haya escapado incorrección ni falta alguna. En caso contrario, dispuestos y humildes nos mostramos para soportar la correspondiente regañina de Gómez Font. Y para terminar una sugerencia muy personal: ¿no podría alguien decir a ese magnífico y sabio periodista que narra, desde hace muchos, las emisiones de los partidos de baloncesto en Televisión Española que se gana por tantos puntos y no de tantos? Espero que no se moleste Pedro Barthe.

